

A la captura de sellos

Mi amigo vive en Pozuelos de Alarcón, población de unos 80.000 habitantes cercana a Madrid con sectores de acaudalados ciudadanos, lugar en otros tiempos preferido para residir ex presidentes de gobierno.

Es un clásico y, como tal, encorva su cuerpo —antes enhiesto— por llevar a cuestas el saco de la indignación solo dejado momentáneamente para digerir modernidades. Me escribe de cronista, a modo de aquellos que embarcaron para narrar los descubrimientos de aquel otro mundo más allá del gran charco.

«Manolo, mi reserva emocional está a cero. Soy la recámara ocasional del Ocaso. He ido a tres estancos para comprar sellos para tu carta antes de llegar a la estafeta de Correos porque está más lejos. Me dicen que esas cosas ya no se venden, que internet y otros artefactos acabó con ellas. La cola es tan larga que me tiro media hora soportando el frío hasta que me atienden en una de las dos ventanillas. Como tenía del año pasado un sello de 37 céntimos pedí que me diesen de 3 o de 5 céntimos, pero solo tienen de un céntimo, razón por la que tu carta parece un certificado secreto de la CIA. Mis hijos me dicen: 'Pero ¿qué haces mandando christmas? Toma nuestro ordenador y dile lo que quieras a tu amigo y quedará escrito...'.»

Estos relatos tienen el mérito de conmoverme: me recuerdan actitudes de mi padre, clásico nato. Sin embargo, ya ven, uno hace tiempo que comenzó el deserteo, atado a las teclas de las virtualidades, cuestión de la que un día tendré que arrepentirme.

Mi querido amigo camina a pasos apresurados para ingresar en el club de los aristócratas marginados. Él, licenciado en filosofía, practicó en su militante discurrir la paradoja de los carniceros: «En nuestra casa, claro, los cuchillos son de palo». Enamorado de su profesión no quiso convencerse de que la vida es una quiebra permanente de la ingenuidad, entendido el término como el imperativo existencial de que el romántico paraíso hace mucho tiempo que voló.

Quizá el miedo consista en contemplar —soldados derrotados de una causa invencible— de frente el rostro de una sociedad en convulsa evolución protagonizada por los demonios, término que los griegos usaban para nombrar a los que saben. Hoy diríamos: esos mefistófeles que poseen el desmérito de engañar a los demás.

Tuve una experiencia al respecto cuando hace años quise comprar un sello en un estanco de la calle Feria. Me miró el estancuero con cara despechada pensando para sus adentros las ocurrencias de los vejestorios. «¿Sabe cuánto ganaría vendiéndolos? Nada, al revés, me costaría el dinero». Lo miré de igual modo: «Pues con su errónea política ha conseguido que nunca vuelva por aquí. Un sellito puede atraer a otras compras, señor suyo. Buenas tardes».

Cumplo con rigor mi promesa, aunque tenga que tomar el AVE y dejarle en propia mano a mi amigo la carta porque, y sobre todo, dará ocasión para darle un fuerte abrazo que nada existe que una y conforte más.